

Proyecto institucional de lectura

Karina Echevarría *

¿Qué es un Proyecto Institucional de Lectura?

En primer lugar, como todo proyecto, debería ser un plan, una hoja de ruta a seguir. En este sentido, señala una voluntad compartida por todos los que forman una institución en relación con un contenido particular: la lectura.

La lectura es un contenido particular porque, además de constituir uno de los bloques en que se dividen los contenidos básicos comunes (CBC) del área de Lengua, es el eje que atraviesa todos los demás bloques del área y los contenidos de otras áreas curriculares. Sin lectura, no hay posibilidad de acceso personal y autónomo a los conocimientos.

Es, además, un eje que recorre toda la escolaridad: desde el nivel inicial hasta el universitario o superior, puesto que ser lector no significa sencillamente decodificar la escritura, sino que implica la capacidad de interpretación de textos de diferente complejidad y la adquisición de hábitos lectores. Nunca se acaba de aprender a leer, cada lectura que realizamos nos sigue enseñando y preparando para lograr la interpretación de lecturas posteriores.

Por estos motivos, es absolutamente necesaria la elaboración de un proyecto institucional coherente de lectura, que abarque el nivel inicial, la EGB en sus tres ciclos y el nivel polimodal, que se proponga la consecución de objetivos a largo plazo y que idee las estrategias apropiadas para lograrlos. Como tal, el proyecto debe ser flexible, consensuado por la comunidad educativa y estar abierto para retomar experiencias previas e incorporar nuevas.

¿Cuáles son los objetivos de un Proyecto Institucional de Lectura?

Los objetivos de un Proyecto Institucional de Lectura (P. I. L.) son amplios y, como ya se dijo, a largo plazo, pero pueden básicamente resumirse en cuatro puntos:

1. Desarrollar **hábitos lectores** en los alumnos de todos los niveles, según las capacidades, intereses y necesidades de cada estadio o etapa evolutiva.
2. Promover la **lectura como herramienta del aprendizaje autónomo** en todas las áreas del conocimiento.
3. Promover la **lectura como fuente de placer y recreación**, como proyección de mundos soñados posibles e imposibles, como factor de desarrollo y afianzamiento de la personalidad.

* Profesora y Licenciada en Enseñanza de la Lengua y la Literatura, Magíster en Promoción de la Lectura y Literatura infantil y juvenil, Universidad de Castilla La Mancha, Cuenca, España. Es docente de Lengua y Literatura en el nivel medio y polimodal. Profesora de la Cátedra de Literatura Argentina II, correspondiente al 4to. año del profesorado en Letras en el Instituto del Profesorado Sagrado Corazón, Buenos Aires, Argentina.

4. Establecer pautas y **líneas de trabajo comunes** a todo el cuerpo pedagógico-docente.

El desarrollo de los hábitos lectores

La lectura no es una habilidad cerrada y única que se aprende de una vez para siempre. El aprender a "leer" que podía suponer un aprendizaje puntual y acabado no existe como tal. Como ya se dijo antes, nunca acabamos de aprender a leer, porque no se trata de incorporar un mágico traductor del texto escrito, sino de convertirnos en lectores, y esto significa un proceso de aprendizaje muy complejo. La formación de hábitos lectores, como cualquier proceso de aprendizaje, es continuo y supone modificaciones, interacciones entre saberes previos y saberes nuevos, enriquecimientos que favorecen y facilitan la comprensión de nuevos textos y del proceso mismo de lectura.

Podemos entenderlo como proceso de aprendizaje por dos cualidades básicas: su complejidad (no es acto, es proceso) y su continuidad (no es cerrado, sino abierto y continuo). Una enseñanza planificada y organizada desde lo institucional debe favorecer esa continuidad y no ignorar esa complejidad.

La enseñanza de hábitos sólo se logra a través de la socialización del alumno: en el contacto con el medio se aprenden conductas y se les asigna un valor. Este contacto, que primera y fundamentalmente comienza en la familia, se continúa en la escuela y los modelos que ésta proponga son fundamentales. Para desarrollar hábitos lectores en sus alumnos, la institución escolar debe ser portadora de modelos, el docente debe ser el claro ejemplo de un lector competente que ha incorporado la lectura como forma de aprendizaje, de crecimiento personal y profesional, de placer y entretenimiento. Es decir, una persona que considere a la lectura como una actividad vital. Sólo a través de docentes lectores y de una escuela-comunidad lectora, podemos desarrollar en nuestros alumnos hábitos lectores. En este sentido el P. I. L. resulta fundamental, porque una escuela lectora se define como tal a través de éste.

La lectura como herramienta de un aprendizaje autónomo

El mundo actual brinda a los niños y a los jóvenes una información tan variada y abundante como desconcertante. Sólo un niño lector será capaz de leer, analizar, comparar y decidir frente a la información. La lectura implica una abanico de estrategias que posibilitan al alumno acceder a la información y obtener de ella lo necesario para reflexionar, concluir y aprender. Sin lectura, no hay aprendizaje autónomo. Esto resulta claro en los innumerables ejemplos de fracaso escolar de chicos supuestamente alfabetizados, o en las dificultades crecientes que encuentran los egresados del nivel polimodal al enfrentarse con el estudio universitario, casi todas referidas a la imposibilidad de abordar un texto escrito.

La lectura como herramienta del aprendizaje exige la consolidación de los hábitos lectores, y para que esto se logre, es necesario desarrollar antes el placer por la lectura.

La lectura como fuente de placer y recreación

En las últimas décadas, se ha planteado con insistencia la necesidad de una promoción de la lectura. Promover la lectura es algo así como convencer a los chicos de que leer es placentero, agradable y hasta divertido. Así dicho, puede resultar paradójico, ya que si sólo fuera eso, no haría falta promoción. De hecho, no parece necesaria una promoción de la televisión o de los juegos en red. Lo que sucede es que al hablar de lectura los adultos solemos pasar por alto todo el aspecto de dificultades y esfuerzos que la lectura conlleva cuando aún no se han afianzado los hábitos lectores. Solemos caer en la simplificación de creer que el niño que sabe decodificar el texto escrito ya sabe leer, y que por lo tanto puede, automáticamente, pasar a disfrutar de los placeres de la lectura.

En este sentido, el escritor Daniel Pennac (1995: 47-48) describe en forma incomparable los avatares de este pasaje de la decodificación a la lectura:

“Él, el relato y nosotros formábamos una trinidad que se reconciliaba cada noche; ahora se encuentra solo frente a un libro hostil. La levedad de nuestras frases lo libraba de la pesadez; el indescifrable hormigueo de las letras ahoga hasta la tentación de sueño.

Lo iniciamos en el vuelo vertical: se estrelló por el estupor del esfuerzo.

Lo dotamos de la ubicuidad: helo ahí preso en su cuarto, en su clase, en su libro, en una línea, en una palabra.

¿Dónde se encuentran todos esos personajes mágicos, esos hermanos, esas hermanas, esos reyes, esas reinas, esos héroes tan perseguidos por tantos malos...? ¿Será que tienen que ver con esas manchas de tinta brutalmente rotas que se denominan letras? ¿Será que esos semidioses han sido hechos pedazos hasta ese punto, reducidos a eso: tipos de imprenta? ¿Y el libro convertido en ese objeto? ¡Ridícula metamorfosis! El reverso de la magia. Sus héroes y él asfixiados juntos, en el mudo grosor del libro.

Y no es la menor de las metamorfosis, este encarnizamiento de papá y mamá en querer, como la maestra, obligarlo a liberar este sueño prisionero.

—Entonces, ¿qué fue lo que le ocurrió al príncipe, ¿eh? ¡No te oigo!

Estos padres que nunca, jamás cuando le leían un cuento se preocupaban por saber si había entendido que la Bella dormía en el bosque porque se había pinchado con la rueca, y Blanca Nieves, porque había mordido la manzana. (...)

—Repito mi pregunta: ¿Qué le ocurrió al príncipe cuando su padre lo echó del castillo?”

Como el príncipe echado del castillo, fuera del mundo mágico de la lectura que promovemos, así están los chicos: es cierto, decodifican, saben las letras y las palabras, pero leer, leer como leían las historias que sus padres les contaban, remontando el vuelo en cada línea, eso no lo logran.

Solemos pensar que, una vez que los chicos aprenden a decodificar, el adulto pierde protagonismo en el proceso lector: ya no les leemos, ahora leen solos. Sin embargo, es aquí donde cobra importancia la figura del **mediador**.

Cerrillo, Larrañaga y Yubero (2002: 29) definen la figura del mediador como

“el puente o enlace entre los libros y esos primeros lectores que propicia y facilita el diálogo entre ambos”.

Dentro del P. I. L., sería deseable que todos los adultos de la institución fueran mediadores, y es imprescindible que lo sean los maestros y bibliotecarios. El perfil del mediador debe contar con una serie de rasgos que definen su inclinación lectora y una fácil accesibilidad por parte de los alumnos. Sus funciones, orientadas a la promoción de la lectura entre los chicos, no consisten sólo en leerles, sino en conocer, seleccionar, recomendar, facilitar y sugerir lecturas acordes a cada alumno. Su rol es fundamental en toda acción de promoción de la lectura y definitorio en la adquisición de hábitos lectores.

Establecer líneas de trabajo comunes

Este cuarto objetivo es, en realidad, el primero. No hay proyecto institucional posible sin un mínimo consenso en puntos de vista, posturas, prioridades. Todo lo que se ha venido planteando acerca de la lectura debe estar consensuado por los miembros de la institución. Al hablar de modelos lectores y de la importantísima figura del mediador, no podemos referirnos a un acuerdo esporádico o momentáneo. Sólo podemos convencer de aquello de lo que estamos convencidos, es necesario creer y sentir que la lectura es un valor para enseñarla y contagiarla como tal.

¿Cómo se lleva adelante el Proyecto Institucional de Lectura?

Existen tantas lecturas como lectores, y tantos modos de promover la lectura como promotores, creo yo en consecuencia. Las actividades son múltiples y no sirve tanto el recibirlas como recetas prefabricadas como el apropiarse de ellas, cual tesoros robados, adaptándolas al gusto y capricho del promotor y sus alumnos.

La promoción de la lectura debe, ante todo, lograr la motivación de los lectores. Esto que parece casi un imposible si se trata de proponer nosotros los textos, es tan simple como empezar a ver las necesidades que los mismos chicos traen con respecto a la lectura: ¿qué cosas leen? ¿qué necesitan cuando leen? ¿qué buscan en los textos escritos? Debe abrir los espacios para las subculturas en las que ellos abrevan y que nunca debieron estar fuera de la escuela. Debe estar atenta a la diversidad de intereses para responder con una diversidad de ofertas consecuente.

Lejos de actividades eventuales y aisladas, la promoción de la lectura debe ser un objetivo curricular que pueda desarrollarse con *continuidad* y *coherencia*, y aquí es donde el libro se torna en fundamental protagonista del

proceso de adquisición de hábitos lectores. Y debería sustituir “el libro” por el concepto en plural: “los libros”, un abanico de herramientas de lectura que vayan desde el libro de texto, el libro de consulta, el libro de lectura, la novela, el cuento, la antología, hasta el libro de ejercicios, de historietas, la obra dramática. Cuando se habla de una diversidad de ofertas, se habla de esto, de no circunscribir el radio de acción a uno o dos libros, sino de abrirlo a las innumerables realizaciones sociales de la escritura; sólo así, podrá el alumno verdaderamente conocerlas, disfrutarlas y aprenderlas para su uso.

Los contenidos curriculares hoy hablan de un “proyecto personal de lectura” y, evidentemente, lograr esto en nuestros alumnos no será la consecuencia de una charla ni de una escueta selección de textos por parte del docente. Como lo indica la palabra, es personal, y si bien comienza con la escolaridad (o con la lectura, cuando no se den ambas al mismo tiempo), excede el ámbito escolar, porque es un proyecto de vida. Si logra motivarse, la lectura deja de ser una actividad del aula para convertirse en una actividad vital.

Es decir, que existen muchas formas de promover la lectura, pero ninguna de ellas debe escapar a la continuidad que implica un proceso y a la coherencia que nos exige respetar la individualidad de cada lector.

¿Cómo se evalúa un Proyecto Institucional de Lectura?

Evidentemente la evaluación no se circunscribe a los resultados que, como ya se dijo, son esperables a largo plazo. ¿Podemos determinar el grado de adquisición de hábitos lectores en nuestros alumnos? Si bien no es posible ver las estrategias que ellos aplican a la lectura, está claro que todo hábito se traduce en acciones concretas y observables. En el caso de los hábitos lectores, estas acciones están en directa relación con el uso de los libros en la escuela y fuera de ella. La evaluación de un P. I. L. es continua y es parte del mismo proyecto. Sería deseable que ésta no quede circunscripta a los docentes o directivos, sino a toda la institución, incluyendo padres y alumnos. Saber qué hacen los chicos con los libros en casa, en clase, en la biblioteca, en los recreos, puede darnos datos importantes para modificar y enriquecer un P. I. L. Saber qué hacen los adultos de la institución con los libros en su tarea educadora, en su formación y hasta en su tiempo libre servirá, también, para replantearse el rol de mediadores.

Conclusiones

Para concluir, el P. I. L. es la explicitación que toda institución educativa debería hacer de su propósito alfabetizador. Enseñar a leer, hoy más que nunca, es una acción democratizadora que la escuela no puede encarar como un contenido más. Es un compromiso que todos los docentes debemos asumir en conjunto más allá de la asignatura que dictamos o del nivel en que nos desempeñemos, y como mediadores debemos involucrarnos personal y afectivamente con su promoción.

Despertar el gusto por la lectura es el paso fundacional de todo proyecto, despertarlo en los chicos, pero fundamentalmente en nosotros,

porque sólo podremos transmitir con pasión aquello que vivamos con pasión.

Termino con otro fragmento del libro de Pennac (1995: 40), que me parece que refleja los cuestionamientos que nos plantea esta tarea de ser mediadores:

“El placer de leer, así esté muy inhibido, preside cualquier lectura; y, por su naturaleza misma, el placer de leer –ese goce de alquimista– no teme a la imagen, ni siquiera a la televisada, ni aún bajo la forma de avalanchas cotidianas.

Si a pesar de eso se perdió el placer de leer [...], no debe andar muy lejos. Apenas se ha extraviado. Fácil encontrarlo de nuevo.

De todas maneras hay que saber por cuáles caminos buscarlo y, para hacerlo, hay que enumerar ciertas verdades que no tienen relación alguna con los efectos de la modernidad sobre la juventud. Algunas verdades que nos conciernen sólo a nosotros mismos... a nosotros que afirmamos que ‘nos gusta leer’, y que pretendemos compartir ese amor por la lectura”.

Referencias bibliográficas

Cerrillo, P. C.; E. Larrañaga y S. Yubero (2002) **Libros, lectores y mediadores**. Cuenca: Ediciones de la UCLM.

Pennac, D. (1995) **Como una novela**. Santafé de Bogotá: Norma, 2da ed.

*Este artículo fue recibido en la Redacción de **LECTURA Y VIDA** en marzo de 2003 y aceptado para su publicación en abril del mismo año.*